



El Cuarto Mono

J. D. Barker



DESTINO

El Cuarto Mono

J. D. Barker

Traducción de Julio Hermoso

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1437

Título original: *The Fourth Monkey*

© J.D. Barker, 2017

© por la traducción, Julio Hermoso, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Canciones del interior:

pág. 209: © *It's My Party*, 2013 Universal Republic Records.,
interpretada por Jessie J

pág. 396: © *American Pie*, 1971 Capitol Records, LLC.,
interpretada por Don McLean

pág. 530: © *Welcome to the jungle*, 1987 Geffen Records.,
interpretada por Guns N' Roses

Primera edición: junio de 2018

ISBN: 978-84-233-5394-1

Depósito legal: B. 10.347-2018

Composición: Fotocomposición gama, sl

Impresión y encuadernación: Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

Porter

Día 1 – 6:14

Ahí estaba otra vez, ese pitido incesante.

Le he quitado el sonido. ¿Por qué oigo las notificaciones de los mensajes? ¿Por qué suena siquiera?

Apple se ha ido a la mierda sin Steve Jobs.

Sam Porter se dio la vuelta hacia la derecha y tanteó a ciegas con la mano en la mesilla de noche, en busca del teléfono.

El despertador se estampó contra el suelo con ese ruido sordo característico de la electrónica china barata.

—A tomar por culo.

Cuando los dedos encontraron el móvil, forcejeó con el aparato para liberarlo del cable del cargador y se lo llevó a la cara, entornando los ojos frente a la pantalla, pequeña y luminosa.

LLÁMAME – URGENTE

Un mensaje de Nash.

Porter miró hacia el lado de su mujer en la cama, vació salvo por una nota:

He ido por leche, vuelvo enseguida.

Besos,

Heather

Soltó un gruñido y echó un nuevo vistazo al teléfono.
6:15 de la mañana.

A tomar viento lo de amanecer tranquilo.

Porter se incorporó y marcó el número de su compañero. Lo cogió al segundo tono.

—¿Sam?

—Qué hay, Nash.

El otro hombre guardó silencio un instante.

—Lo siento, Porter. Le he dado vueltas a si te llamaba o no. He debido de marcar tu número una docena de veces, y no he sido capaz de llegar a hacer la llamada. Al final he decidido que lo mejor sería enviarte un mensaje, darte la oportunidad de no hacerme caso, ya sabes, ¿no?

—Está bien, Nash. ¿Qué tienes?

Otra pausa.

—Vas a querer verlo tú mismo.

—¿Ver qué?

—Ha habido un accidente.

Porter se rascó la sien.

—¿Un accidente? Somos de Homicidios. ¿Por qué acudimos a un accidente?

—Tienes que confiar en mí en esto. Querrás verlo —le repitió Nash. Había inquietud en su tono de voz.

Porter suspiró.

—¿Dónde?

—Cerca de Hyde Park, en la Cincuenta y cinco. Te acabo de enviar un mensaje con la dirección.

El teléfono le soltó un pitido muy alto en la oreja, y él se lo apartó de golpe.

Puto iPhone.

Bajó la mirada a la pantalla, se fijó en la dirección y continuó con la charla.

—Puedo estar ahí en unos treinta minutos. ¿Te parece?

—Claro —respondió Nash—. No nos vamos a ir a ninguna parte en un buen rato.

Porter colgó el teléfono, sacó las piernas por un lado de la cama y oyó los diversos crujidos que hizo su cuerpo de cincuenta y dos años en señal de protesta.

El sol ya había comenzado su ascenso, y la luz se asomaba al interior entre las persianas cerradas de la ventana del dormitorio. Qué curioso, lo callado y sombrío que parecía el apartamento sin Heather por allí.

He ido por leche.

Desde el suelo de parqué, el despertador parpadeaba boca arriba, y la pantalla rajada mostraba unos caracteres que ya no parecían números.

Hoy iba a ser uno de esos días.

Había habido un montón de esos días últimamente.

Porter salió del apartamento diez minutos después, vestido con sus mejores galas —un traje azul marino arrugado que compró en Men's Wearhouse hace casi una década—, y bajó los cuatro tramos de escalera hasta el apretado vestíbulo de su edificio. Se detuvo ante los buzones, sacó el móvil y marcó el número de su mujer.

Te has puesto en contacto con Heather Porter. Como esto es el buzón de voz, lo más probable es que haya visto que eras tú quien llamaba y haya decidido que no quiero hablar contigo. Si estás dispuesto a rendirme un homenaje en forma de tarta de chocolate u otra ofrenda que consista en un surtido de delicias culinarias, envíame un mensaje de texto con los detalles, reconsideraré tu puesto en mi lista de amistades y quizá te responda más tarde. Si eres un comercial que pretende que me cambie de compañía telefónica, ya puedes ir colgando. AT&T será mi dueña durante al menos otro año. Los demás, por favor, dejadme un mensaje. Recordad que mi amoroso marido es un poli con problemas para controlar la ira y lleva una buena pistola.

Porter sonrió. Su voz siempre le hacía sonreír.

—Hola, Cariño, soy yo. Me ha llamado Nash. Ha pa-

sado algo cerca de Hyde Park y he quedado con él allí. Luego te doy un toque, cuando sepa a qué hora estaré en casa. —Y añadió—: Ah, y creo que le pasa algo raro al despertador.

Guardó el teléfono en el bolsillo, empujó la puerta para cruzarla, y el aire fresco de Chicago le recordó que el otoño se estaba preparando para dejar paso al invierno.

2

Porter

Día 1 – 6:45

Porter cogió la avenida de Lake Park, se dio bastante prisa y llegó a las siete menos cuarto. La Metropolitana de Chicago tenía completamente cortado el cruce de Woodlawn con la Cincuenta y cinco. Pudo ver las luces desde varias manzanas de distancia: una docena de unidades, por lo menos, una ambulancia y dos camiones de bomberos. Veinte agentes, tal vez más. Y también la prensa.

Redujo la velocidad de su Dodge Charger último modelo al aproximarse al caos y mostró la placa por la ventanilla. Un agente joven, poco más que un chaval, se agachó para pasar por debajo de la cinta amarilla de la escena y se acercó corriendo.

—¿Detective Porter? Nash me ha dicho que le espere. Aparque donde sea..., hemos acordonado la manzana entera.

Porter asintió, aparcó al lado de uno de los camiones de bomberos y se bajó del coche.

—¿Dónde está Nash?

El chico le dio un vaso de café.

—Ahí, cerca de la ambulancia.

Localizó el corpachón de Nash charlando con Tom Eisley, de la oficina del forense. Con su estatura cercana al metro noventa, parecía gigantesco al lado del otro hombre, mucho más bajo. Tenía pinta de haber cogido unos

cuantos kilos en las semanas que habían pasado desde la última vez que Porter lo había visto; la reveladora barriga de policía le colgaba prominente sobre el cinturón.

Nash le hizo un gesto con la mano para que se acercase.

Eisley saludó a Porter con un leve gesto de la barbilla y se subió las gafas por el puente de la nariz.

—¿Cómo lo llevas, Sam?

Sujetaba un portapapeles cargado con al menos un paquete entero de folios. En el mundo de hoy en día, con sus tabletas y sus teléfonos inteligentes, aquel hombre siempre parecía llevar un portapapeles en la mano. Los dedos iban pasando nerviosos las hojas.

—Imagino que estará cansado de que la gente le pregunte cómo lo lleva, cómo está, cómo le va o cualquier otra variante de reafirmación de su bienestar —refunfuñó Nash.

—Fenomenal, lo llevo fenomenal. —Forzó una sonrisa—. Gracias por preguntar, Tom.

—Lo que necesites, sólo tienes que pedirlo. —Eisley lanzó una mirada a Nash.

—Te lo agradezco. —Porter se volvió hacia Nash—. Así que... ¿un accidente?

Nash hizo un gesto con la barbilla para señalar un autobús urbano aparcado cerca del bordillo de la acera, a unos quince metros.

—El hombre contra la máquina. Vamos.

Porter le siguió, con Eisley unos pasos por detrás, con el portapapeles a cuestas.

Un técnico del Laboratorio de Criminalística fotografiaba el morro del autobús. La calandra abollada. La pintura agrietada unos dos centímetros y medio por encima del faro delantero derecho. Otro inspector tiraba de algo que estaba metido en la banda de rodadura del neumático delantero derecho.

Cuando se aproximaron, vio la bolsa negra del cadá-

ver entre la marea de uniformes que se encontraban ante un gentío cada vez más numeroso.

—El autobús se desplazaba a una buena velocidad; tiene su siguiente parada más o menos a un kilómetro y medio calle abajo —les contó Nash.

—¡Que no iba corriendo, joder! Comprueben el GPS. ¡Y no se dediquen a ir por ahí lanzando acusaciones de esa manera!

Porter se volvió hacia su izquierda para toparse con el conductor del autobús. Era un hombre grande, de ciento cuarenta kilos, no menos. Llevaba la chaquetilla negra de la empresa municipal de transportes de Chicago en tensión para sujetar la mole que le habían encomendado. Tenía el pelo cano e hirsuto, apelmazado en la izquierda y de punta en la derecha. Su mirada nerviosa saltaba de Porter a Nash, después a Eisley y vuelta a empezar.

—Ese loco hijo de puta se ha tirado justo delante de mí. Esto no ha sido un accidente. Se ha matado él.

—Nadie está diciendo que usted haya hecho nada malo —le tranquilizó Nash.

Sonó el teléfono de Eisley. Miró la pantalla, sostuvo un dedo en alto y se apartó unos pasos hacia un lado para coger la llamada.

El conductor prosiguió:

—Empiezan ustedes a correr la voz de que iba disparado, y se acabó mi trabajo, mi pensión... ¿Creen que me apetece ponerme a buscar trabajo a mi edad? ¿Con esta crisis de mierda?

Porter captó de un vistazo el nombre de la chapa del conductor.

—Señor Nelson, ¿qué tal si respira hondo e intenta tranquilizarse?

Al hombre le goteaba el sudor por la cara enrojecida.

—Me va a tocar ponerme por ahí con una escoba, y todo porque ese capullo ha escogido mi autobús. Tengo

treinta y un años en mis espaldas sin un solo incidente, y ahora, esta mierda.

Porter le puso la mano en el hombro.

—¿Cree que va a ser capaz de contarme lo que ha pasado?

—Lo que tengo que hacer es tener la boca cerrada hasta que llegue mi representante sindical, eso es lo que tengo que hacer.

—No podré ayudarlo si no habla conmigo.

El conductor frunció el ceño.

—¿Y qué va a hacer por mí?

—Para empezar, puedo hablarle bien de usted a Manny Polanski, de Tráfico. Si usted no ha hecho nada malo, si coopera con nosotros, no hay motivo para que le suspendan.

—Mierda. ¿Cree que me van a suspender por esto?

—Se quitó el sudor de la frente—. Dios mío, eso no me lo puedo permitir.

—No creo que lo hagan si saben que ha colaborado con nosotros, que ha intentado ayudar. Es posible que ni siquiera sea necesario que comparezca —le aseguró Porter.

—¿Comparecer?

—¿Por qué no me cuenta lo que ha pasado? Entonces le podré hablar bien de usted a Manny y, quizá, ahorrarle todas esas molestias.

—¿Conoce a Manny?

—Trabajé con Tráfico en mis dos primeros años de uniforme. Él me escuchará. Usted nos ayuda, y yo hablo bien de usted, se lo prometo.

El conductor se lo pensó, y por fin respiró hondo y asintió.

—Ha sido justo como se lo he contado aquí, a su amigo. He hecho la parada en Ellis, puntual, he recogido a dos y he dejado a uno. He ido al este por la Cincuenta y cinco, he girado en el cruce. El semáforo de Woodlawn

estaba en verde, así que no había ninguna necesidad de frenar..., pero no iba tan rápido. Compruebe el GPS.

—Estoy seguro de que no lo iba.

—Es que no lo iba, sólo avanzaba con el resto del tráfico. Tal vez unos pocos kilómetros por encima del límite, pero no iba corriendo —dijo.

Porter hizo un gesto con la mano para restarle importancia.

—Se dirigía hacia el este por la Cincuenta y cinco...

El conductor asintió.

—Sí, claro. He visto a unas cuantas personas en la esquina, no muchas. Tres, a lo mejor cuatro. Después, justo al acercarme, va ese tío y salta delante de mi autobús. Sin aviso de ninguna clase. Estaba ahí de pie y, un segundo después, está en medio de la calzada. He pisado el freno, pero este trasto tampoco es que se detenga en una baldosa, precisamente. Le he dado de lleno, y lo he lanzado a diez buenos metros.

—¿Cómo estaba el semáforo? —le preguntó Porter.

—En verde.

—¿No en ámbar?

El conductor lo negó con la cabeza.

—No, en verde. Lo sé porque lo he visto ponerse verde. No se ha puesto en ámbar hasta unos veinte segundos después o así. Ya me había bajado del autobús cuando lo he visto cambiar. —Señaló el poste—. Comprueben la cámara.

Porter alzó la mirada. A lo largo de la última década habían colocado cámaras de vigilancia en prácticamente todos los cruces de la ciudad. Le recordaría a Nash que se hiciera con la grabación cuando regresaran a la comisaría. Lo más probable era que su compañero ya hubiese entregado la orden.

—No estaba cruzando la calle; ese tío se ha tirado. Lo verán cuando pongan el vídeo.

Porter le entregó una tarjeta.

—¿Puede quedarse un rato por aquí, por si acaso tengo más preguntas?

El hombre se encogió de hombros.

—Va a hablar con Manny, ¿verdad?

Porter asintió.

—¿Nos disculpa un segundo? —Se llevó a Nash aparte y bajó la voz—. No lo ha matado a propósito. Aunque esto fuera un suicidio, aquí no pintamos nada. ¿Por qué me has llamado?

Nash le puso la mano en el hombro a su compañero.

—¿Seguro que estás bien para hacer esto? Si necesitas más tiempo, lo entenderé...

—Estoy bien —dijo Porter—. Cuéntame qué está pasando.

—Si necesitas hablar...

—Nash, que no soy un puto crío. Déjate ya de paños calientes.

—Muy bien —transigió por fin—. Pero si resulta que se te hace muy grande, demasiado pronto, tienes que prometerme que lo vas a dejar, ¿vale? Nadie le va a dar más vueltas si tienes que hacerlo.

—Creo que me vendrá bien trabajar. Me he estado volviendo loco sentado en casa —admitió.

—Esto es algo muy gordo, Porter —le dijo en voz baja—. Te merecías estar aquí.

—Cielo santo, Nash. ¿Piensas soltarlo ya?

—Es muy posible que nuestra víctima se dirigiese a ese buzón de correos de ahí. —Miró hacia un buzón postal de color azul frente a un edificio de apartamentos de ladrillo.

—¿Cómo lo sabes?

Su compañero sonrió de oreja a oreja.

—Llevaba una cajita blanca atada con un cordel negro. A Porter se le pusieron los ojos como platos.

—Nooo.

—Ajá.

3

Porter

Día 1 – 6:53

Porter se vio allí, con los ojos clavados en el cadáver, aquel bulto bajo el sudario negro de plástico.

Se había quedado sin palabras.

Nash pidió a los demás agentes y técnicos de criminalística que retrocediesen y le dejaran un poco de espacio a Porter, que le concediesen un momento a solas con la víctima. Se apartaron con paso lento y se situaron detrás de la cinta amarilla que delimitaba la escena, hablando en voz baja mientras observaban. Para Porter, eran invisibles. Tan sólo veía la bolsa negra del cadáver y el pequeño paquete que descansaba junto a ella. Los de criminalística lo habían etiquetado como NÚMERO 1, y sin duda lo habrían fotografiado docenas de veces, desde todos los ángulos posibles. Sin embargo, se habían guardado de abrirlo. Eso se lo habían dejado a él.

¿Cuántas cajas exactamente iguales que ésta van ya?

¿Una docena? No, más bien cerca de dos docenas.

Hizo la cuenta.

Siete víctimas. Tres cajas cada una.

Veintiuna.

Veintiuna cajas a lo largo de casi cinco años.

Había estado jugando con ellos. Jamás dejaba una pista. Sólo las cajas.

Un fantasma.

A cuántos agentes había visto Porter ir y venir del ope-

rativo. Con cada nueva víctima, el equipo se ampliaba. La prensa se enteraba entonces de la existencia de una nueva caja, y se arremolinaban como buitres. La ciudad entera se unía en una cacería impresionante. Pero entonces acabaría llegando la tercera cajita, se encontraría el cadáver, y el tío volvería a desaparecer. Perdido entre las sombras del misterio. Pasarían los meses, dejaría de salir en los periódicos. El operativo se iría reduciendo conforme se desmontaba el equipo por otros asuntos más acuciantes.

Porter era el único que lo había soportado desde el principio. Allí estaba él cuando llegó la primera cajita, y la reconoció como lo que era: el inicio del arrebato perturbado de un asesino en serie. Cuando llegó la segunda cajita, después la tercera y, por fin, el cadáver, otros también lo vieron.

Era el comienzo de algo horrible. Algo planificado.
Algo maligno.

Allí estaba él al principio. ¿Se encontraba ahora ante el final?

—¿Qué hay en la caja?

—Aún no la hemos abierto —respondió Nash—, pero creo que ya lo sabes.

Era un paquete pequeño, con una base de unos diez centímetros cuadrados y ocho centímetros de alto.

Como las otras.

Envuelta en papel blanco y sujeta con un cordel negro. La etiqueta del destinatario estaba manuscrita con una letra muy cuidada. No habría ninguna huella, nunca las había. Los sellos eran autoadhesivos, no encontrarían saliva ninguna.

Volvió a mirar hacia la bolsa del cadáver.

—¿De verdad crees que es él? ¿Tenéis el nombre?

Nash lo negó con la cabeza.

—No llevaba encima la cartera ni carné de ninguna clase. Se ha dejado la cara contra el pavimento y contra la rejilla del radiador del autobús. Hemos pasado sus hue-

llas, pero no hemos localizado ninguna coincidencia. No es nadie.

—Sí que es alguien —dijo Porter—. ¿Tienes unos guantes?

Nash se sacó del bolsillo un par de guantes de látex y se los entregó a Porter, que se los puso e hizo un gesto con la barbilla hacia la cajita.

—¿Te importa?

—Te hemos esperado —dijo Nash—. Es tu caso, Sam. Siempre lo ha sido.

Cuando Porter se agachó y alargó el brazo hacia la cajita, uno de los técnicos se acercó a toda prisa toqueteando una cámara de vídeo pequeña.

—Disculpe, señor, pero tengo órdenes de documentar esto.

—Está bien, hijo. Pero sólo tú. ¿Estás listo?

Una luz roja parpadeó y cobró vida en el frontal de la cámara, y el técnico asintió.

—Adelante, señor.

Porter giró la caja para poder leer la etiqueta del destinatario y evitó con mucho cuidado las salpicaduras de color carmesí.

—Arthur Talbot, 1.547 de Dearborn Parkway.

Nash soltó un silbido.

—Barrio lujoso. Dinero de familia. Aunque el nombre no me suena.

—Talbot es un banquero de inversiones —respondió el técnico de criminalística—. Muy metido también en el negocio inmobiliario. En los últimos tiempos se ha estado dedicando a convertir en *lofts* las naves de los almacenes de la orilla del lago, y ha hecho de las suyas para obligar a marcharse a las familias con menos ingresos y sustituirlas con la gente que se puede permitir los alquileres altos y los cafés del Starbucks a diario.

Porter sabía perfectamente quién era Arthur Talbot. Alzó la mirada hacia el técnico.

—¿Cómo te llamas, chico?

—Paul Watson, señor.

Porter no pudo evitar la sonrisa.

—Algún día será usted un excelente detective, doctor Watson.

—No me he doctorado aún, señor. Estoy con la tesis, pero me quedan por lo menos dos años para terminar.

Porter se carcajeó.

—¿Es que ya nadie lee?

—Sam, ¿la caja?

—Cierto, la caja.

Tiró del cordel y observó cómo se desbarataba el nudo y se deshacía. El papel blanco de debajo estaba doblado con precisión en las esquinas, rematado en unos triangulitos perfectos.

Como un regalo. La ha envuelto como si fuera un regalo.

El papel se desprendió con facilidad y reveló una caja negra. Porter dejó a un lado el papel y el cordel, miró a Nash y a Watson y, a continuación, levantó muy despacio la tapa.

Habían lavado bien la sangre de la oreja, y la habían posado sobre una capa de algodón.

Exactamente igual que las otras.